volver á bordo; dime lo que devengas por tu salario, y...

—Entonces usted me despacha, Saëb—me respondió el pobre diablo con acento quejumbroso.

—¡No! pero bien ves que no puedo detenerte.

—¿Por qué?

—¿No estás alistado como fogonero á bordo del *Cambodje*?

—Amondou no se compromete nunca sino de un puerto á otro, lo cual le permite desembarcar cuando quiere.

—Entonces ¿tendrías voluntad de quedarte conmigo?

—Tanto como usted no puede prescindir de mis servicios, Saëb. Conozco todas las costas de estos mares, y puesto que usted viaja, puedo serle de gran utilidad. Entiendo de cocina y sé curar los caballos: con eso podemos ir por todas partes.

La cuestión del salario quedó muy pronto resuelta y el excelente muchacho me juró que me seguiría hasta el fin del mundo. Por mi parte no sabría decir hasta qué punto quedé satisfecho con esta adquisición.

Para un viajero serio, cuyo objeto es el estudio y la observación de los paises que visita, que así vaya á caballo, en canoa, en los lomos de un mulo ó de un camello, como en los de un elefante, ó en un coche tirado por bueyes, y que apenas se inquiete por sus comodidades, un buen criado es la cosa mejor que se conoce.

Además de que se encarga de velar por las provisiones en el campamento y en las posadas, se convierte al poco tiempo en un compañero que rompe la monotonía de la soledad, que os ilustra con sus reflexiones, siempre ingenuas y curiosas, y á menudo completamente imprevistas; hace á su manera estudios de costumbres, estudios que sabe convertir en vuestro provecho, porque, cuando, como Amondou, está familiarizado con las comarcas que atraviesa, aprendéis más con lo que sin exageración os dice como exacto y verdadero sobre las costumbres íntimas y los hábitos, que con lo que un mes de observación se os pudiera revelar. Luego os sirve de lazo de unión entre los habitantes de un pueblo que tenéis que visitar, y un cuarto de hora después de haber colocado vuestra tienda y de haberos servido vuestra comida de la tarde, arroz ó gallina cocida, comienza á cantar, corre

por todas partes, visita á los unos y á los otros, cuenta sobre vuestra persona historias que os hacen simpático, y es raro que no organice para la noche una recepción que os permita aumentar los medios de observación.

Así que los ingleses, que por la mañana nos abandonaron tan fríamente, hubieron dado á bordo, sin duda, la noticia del cautiverio de los dos españoles, el *Cambodje*, que no aplazó por eso su marcha, aunque el motivo hubiera sido más grave, levó anclas á la hora fijada. El cañonazo de despedida nos dió á entender que abandonaba la rada de Aden.

A las cinco, el Moulah nos hizo servir una abundante comida compuesta de volátiles, carnero asado y frutas, y nos anunció que, por ciertas noticias que acababa de recibir, sabía que la tribu de los Mochtalah estaba acampada á dos jornadas, y que, por tanto, el medio más expedito de encontrar á nuestros compañeros era el de ir derechos al campamento, sin dejarnos distraer en el camino por pesquisas que pudieran ser infructuosas, y que una vez allí, él respondía de obtener del cheick que éste mismo hiciera buscar á los bandidos, obligándoles á devolver los prisioneros.

A la hora justa en que el sol se traspone en las llanuras de arena y en que la brisa del mar refresca un poco, montamos en nuestras sillas y á paso lento atravesamos las estrechas calles de Aden en el orden siguiente: el Moulah y Check-Ghemal, á la cabeza; Amondou y yo en segunda línea; detrás de nosotros, formados de dos en dos, los veinte jinetes del aduar de Check-Ghemal.

Se cambiaron mis impresiones.

Tenía prisa por ver á mis dos jóvenes compañeros arrancados á las manos de esos nómadas, que no se habían apoderado de ellos sino para reducirles á la esclavitud y someterles á los trabajos más duros y á veces á los más repugnantes, porque el árabe no desea esclavos sino como un medio para procurarse las mayores comodidades posibles.

La incertidumbre en que me hallaba sobre su suerte me impedía apreciar en todo su valor la situación á que el azar me había conducido.

Iba á atravesar el desierto que se extiende desde las riberas de la costa árabe hasta las montañas de Hedjaz; iba á penetrar en plena Arabia bajo las tiendas de una de esas tribus árabes que no reconocen

otro jefe supremo que Mahoma, y que responden al Imán de Mascate, que pretende ser su señor feudal y les reclama el tributo: «No podemos ofrecerte, como nuestros padres, otra cosa que el amparo de nuestros caballos».

Se pretende, pero debo confesar que yo jamás lo he presenciado, que para conservar esta apariencia de derecho feudal y consagrar el vasallaje de las tribus más poderosas, un enviado del Imán de Mascate recorre cada año las llanuras de la Arabia Feliz y la parte del desierto nominalmente sumisa al imanato, se sienta algunos minutos á la sombra del caballo de cada jefe, como para tomar posesión del impuesto ilusorio que estos pueblos consienten en otorgar, y al sentarse debe pronunciar las palabras siguientes:

—Check-Ghemal-ben-Metor: me siento á la sombra de tu caballo en el nombre del Imán de Mascate.

Y Check-Ghemal-ben-Metor, debe responder:

—Que Alah conserve al Imán de Mascate, descendiente de Mahoma.

Hecho esto, la tribu da una fiesta al enviado, quien continúa en seguida su correría, siendo recibido del mismo modo en todas partes.

Cosa curiosa y digna de notarse: parece que el enviado, aunque estuviese muriéndose de sed y de hambre, no encontraría en la tribu un vaso de leche ó un asado de carnero antes de pronunciar las palabras consagradas por la costumbre, y de que el jefe le haya respondido. Como representa al Imán, se creería en seguida en una tentativa para cambiar el tributo, por completo honorífico, y que no representa sino un homenaje, por un impuesto más serio, consistente en un censo de camellos y carneros.

Las gentes encariñadas con la casuística oriental pretenden, en efecto, que, si antes de pronunciar las palabras sancionadas por el uso, el enviado del Imán llegara á hacerse ofrecer leche y carnero asado, y los recibiese pronunciando, por ejemplo, las palabras siguientes: «Check-Ghemal-ben-Metor, acepto diez camellos semejantes al que ha producido esta leche y veinte carneros semejantes al que ha dado esta carne, en el nombre del Imán de Mascate»..., inmediatamente y por este sólo hecho, se habría impuesto á la tribu, en provecho del Imán, un censo anual de diez camellos y de veinte carneros, y, á partir de ese momento, el derecho primitivo se cambiaría por otro; este tributo seguiría aumentando cada año, y en tales proporciones que la tribu llegaría á emigrar antes que pagar, ni más ni menos que en ciertas comarcas de Europa.

Lo que para mí redoblaba el valor de esta excursión en medio de los nómadas, era la circunstancia de estar exenta de peligros por hacerla en compañía de un sacerdote musulmán, cuya influencia sobre los habitantes del desierto era ciertamente bien superior á la del Imán de quien acabo de hablar, y se confirmará que la satisfacción que yo sentía era de las más legítimas, si se quiere considerar el motivo de nuestra expedición.

Apenas hubimos rebasado las últimas casas de Aden, observé que el Moulah y Check-Ghemal se ajustaban el alquicel alrededor de su talle con dos ó tres vueltas de cuerda de pelo de camello, y volviéndome me apercibí de que todos los jinetes de la escolta hacían la misma maniobra.

—¡Atención!—me dijo Amondou—y si no es usted buen jinete, sosténgase firme con las manos en su silla.

Sabido es que la delantera de las sillas árabes llega al pecho del jinete, que el respaldo es aun más elevado, lo que hace que se halle uno como encajado en la silla, y que con un poco de costumbre se pueda dormir de cualquier modo.

Apenas acababa de hacerme Amondou tal advertencia, cuando á un silbido agudo y prolongado de Check-Ghemal todos los caballos se enderezaron, y alargando el cuello bruscamente, sin transición, se lanzaron al galope. Fué aquello, durante algunos minutos, una carrera llena de encanto y de sabor imprevistos; la frescura relativa de la noche, aumentada por nuestra velocidad, venía á refrescar nuestros pulmones abrasados. El andar de nuestros caballos árabes, magníficos, de pura sangre, cuya genealogía se conserva de edad en edad en las tribus, no tenía nada de duro ni de violento; todo lo contrario, invitaba al sueño, y yo hubiese, sin duda alguna, cedido con placer á tal invitación, si las innumerables reflexiones que me agitaban y lo extraño de mi situación no me hubiesen desvelado á pesar mío.

Amondou, que no tenía las mismas razones que yo

para ahuyentar el sueño, después de asegurarse contra todo accidente reuniendo con dos ó tres vueltas de cuerda los dos costados de su silla, me pidió permiso para dormir algunas horas, cosa que le fué inmediatamente concedida.

De pronto me pareció que nuestros caballos aumentaban considerablemente su velocidad. El comienzo de su carrera no servia más que para calentarles poco á poco. Al cabo de un instante me vi obligado á encorvarme sobre mi silla; la rapidez de nuestra carrera era tal, que recibiendo de cara el viento me parecia que por momentos iba á faltarme aire para la respiración.

Los dos árabes que corrian delante de mí y cuya blanca silueta se destacaba perfectamente en la noche, parecian que ni siquiera se ocupaban de sus monturas, que en aquel momento alcanzaban toda la velocidad de un caballo de carrera.

Marchaban delante sin cambiar una sola palabra, devorando el espacio, y nosotros les seguiamos levantando en torno nuestro nubes de polvo rojizo que á mí me subian á la garganta, y de las cuales no se cuidaban ellos absolutamente nada.

¿Cuánto iba á durar aquella carrera vertiginosa? ¿Teníamos paradas en el camino? Porque ni por un instante me cupo en la cabeza que los mismos caballos fuesen á conducirnos al lugar de destino y á semejante paso. Tales eran las cuestiones que me preocupaban y que yo no podia resolver, no habiendo viajado aún por la Arabia en semejantes condiciones.

La noche se deslizó enteramente sin detenernos un instante, sin que nuestra velocidad disminuyese en lo más mínimo; y, lo que es más extraordinario, sin que los nobles animales que nos llevaban acusasen la menor fatiga.

A la primera claridad del dia, queriendo asegurarme por mí mismo del estado de mi montura, pasé la mano por la grupa, por los lados y por el cuello: su piel estaba ligeramente húmeda y fresca como la de los caballos en perfecta salud; no tenia una sola gota de sudor.

Durante la noche habíamos franqueado una de las cadenas del Hedjaz y, en lugar de la llanura arenosa, árida, se extendian delante de nosotros vastas praderas, que, aunque compuestas de hierbas duras y cortas entremezcladas de ajenjo salvaje y de breñas, eran excelentes para la nutrición de los inmensos rebaños de carneros que constituyen la riqueza de esta parte de la Arabia.

Aquí y allá, algunas ramas de árboles achaparrados, rodeados de un césped más verde, indicaban la presencia de manantiales ó pozos, cerca de los cuales las caravanas ó los pastores nómadas, guardas de los rebaños de la tribu, están siempre seguros de encontrar pilones groseros donde puedan abrevar más fácilmente sus animales.

Check Ghemal y el Moulah se dirigieron hacia uno de esos bosquecillos más cerrados que los otros, en medio del cual fluía un manantial bastante abundante para satisfacer nuestros deseos, y se decidió que pasaríamos el día en aquel campamento, para evitarnos el viaje durante el calor y sobre todo para conceder un descanso á nuestros caballos que, después de haber hecho treinta leguas en menos de diez horas, parecían menos fatigados que nosotros.

En cuanto á mí, no temo confesarlo, me sentía exhausto de fuerzas y me preguntaba, con cierta aprensión, si me sería posible continuar el viaje la noche siguiente. Amondou, que acabó de despertarse, saltó á tierra tan fresco y ágil como si hubiese pasado la noche en su cama, y me aseguró que después de un buen baño y de un día de reposo, yo no sentiría ya nada.

Los caballos, desembarazados de sus sillas, fueron dejados en libertad, la cual aprovecharon inmediatamente para guadañar con los dientes la hierba del bosquecillo.

Para mí el hambre debió ceder al sueño, y me extendí sobre una manta que pareció á mis miembros fatigados tan blanda como el lecho más mullido.

Estaba escrito que mi despertar sería siempre terrible en esta salvaje comarca. En efecto, cuando abrí los ojos apercibí todos los caballos ensillados y dispuestos á continuar el camino. El sol estaba ya en el ocaso; había dormido hasta aquel momento y nadie, ni el mismo Amondou, se había atrevido á despertarme para comunicarme la siniestra noticia.

Al ver el rostro consternado de mi criado y el aire serio y enojado con que el Moulah y Check-Ghemal

me miraban, experimenté una opresión del corazón imposible de describir. Adiviné la verdad sin atreverme á creerla, y me disponía á interrogar para escapar á esa horrible ansiedad, cuando la voz grave del Moulah vino á romper tan penoso silencio.

—Los compañeros de usted han sido asesinados esta noche en uno de los numerosos desfiladeros de las montañas de Hedjaz, que hemos atravesado...

Y como el asombro y el horror me paralizaban, Check Ghemal añadió, como para explicar este odioso asesinato:

—Las armas de sus amigos de usted eran demasiado hermosas; ellos hubiesen tenido que restituirlas al mismo tiempo que los cautivos: esto es lo que ha causado su muerte. Cuando se tiene amor á la vida, no se viene á enseñar á los nómadas carabinas que matan los chacales á media hora de distancia.

—¡Qué! ¡Les habrán matado sólo por apoderarse de sus armas!

—No hay otros motivos que expliquen este acto—me respondió el Moulah, y arrastrándome por el brazo á algunos pasos de los caballos, añadió en voz más baja:

Check-Ghemal y sus hombres no vacilarían en hacer otro tanto con usted; no ha reparado usted, pues, con qué ojos miran todos su revólver y su carabina, cuyo sistema les es desconocido. Si no fuese usted su huésped, y sobre todo el mío, no atravesaría usted estas montañas por segunda vez.

—¿Con qué fin me dice usted eso, puesto que no corro peligro alguno por el momento?

—Es para hacerle comprender que no puede usted esperar el vengarse de sus amigos. Han sido nuestros huéspedes; hemos cumplido nuestro deber persiguiendo á sus raptores. Desde el momento en que han sido asesinados, ya nada hay que hacer; y no encontraría usted uno solo entre los ginetes de Check-Ghemal que consintiera dar un paso para vengar en uno de los suyos la muerte de un falso creyente; ¿qué digo vengar? se dejarían todos matar antes que permitir que usted tocase un sólo cabello de la cabeza de un nómada. Debo también decirle, y usted me comprende, porque conoce nuestras costumbres, que, dicho con verdad, no es por consideración á usted y menos á sus amigos, por lo que Check-Ghemal y su gente se

han puesto en campaña... Al violar las leyes de la hospitalidad, los jinetes nómadas habían insultado á Check-Ghemal y á todo su aduar; y es, sobre todo, para pedir reparación de esta injuria, por lo que el jefe ha montado á caballo... Los amigos de usted han muerto, se lo repito; lo mejor que puede usted hacer es regresar á Aden con nosotros, sin pedir á un árabe del desierto lo que no le concederá jamás; esto es, perseguir á uno de los suyos.

El razonamiento de Moulah no admitía réplica. Solamente le supliqué me dijera cómo había llegado á él la noticia de este espantoso suceso.

—A pesar de la confianza que yo quería comunicar á usted—me respondió,—temía mucho por la vida de sus amigos. A causa de eso mismo me reuní á usted para interponer mi autoridad en el caso de que hubiésemos llegado á tiempo hasta el jefe de los Moctalah; porque no había que soñar en obrar directamente contra los agresores: viéndose perseguidos, hubieran comenzado por sacrificar á sus prisioneros. Cerca de una hora después de haber acampado en este oasis, dos jinetes que yo envié á la descubierta condujeron á mi presencia un nómada que guardaba sus rebaños en la pendiente de la montaña y que había asistido al asesinato de los dos compañeros de usted, en ese barranco á la derecha, á dos tiros de fusil de la garganta de Hedjaz, la misma que nosotros habíamos atravesado para ganar la llanura.

—Di también la orden de salir en busca de los cadáveres, de enterrarles en las arenas para sustraerlos de los chacales cuanto fuera posible, y de colocar algunas piedras en el sitio de su sepultura, para encontrarlos pronto, si así se deseaba.

—Todo esto se ha ejecutado y mis jinetes han traído en este saco que tiene usted aquí los vestidos de esos desgraciados, así como algunos papeles que pongo en las manos de usted. Ahora, si quiere usted creerme, debemos montar á caballo y entrar en Aden.

He visto morir á muchos amigos y parientes; pero no sé que la muerte de ninguno de ellos me haya afectado tan profundamente como el trágico fin de aquellos dos pobres jóvenes, que marchaban á Manila á ocupar un alto puesto en la administracción de aquella colonia española. Amondou estaba inconsolable, se acusaba abiertamente de ser la causa de tan espantoso suceso.

—Debiera haberles acompañado cuando abandonaron la tienda de Check-Ghemal—decia á cada instante, y su cara gruesa, de aire bonachón y honrado, se inundaba de lágrimas. Yo no podia consolarle...

Check-Ghemal parecia también profundamente afectado; me alegré, porque me repugnaba compartir la opinión de Moulah sobre su conducta.

Volvimos á comenzar aquella noche la insensata y vertiginosa carrera de la víspera, y al levantarse el sol entrábamos en Aden después de treinta horas de ausencia y de haber corrido sesenta leguas sobre los mismos caballos. Según decia Check-Ghemal, aquello no merecia siquiera el nombre de carrera. Se creerá, acaso, que los árabes sean dados á la exageración cuando se habla de sus caballos; siempre lo es que un camino de cincuenta ó sesenta leguas, sin alto ni descanso, no parezca un esfuerzo á ninguno de ellos, y que harían falta muchos volúmenos para referir las leyendas sin número que corren sobre las hazañas de los caballos árabes.

Puse en manos de nuestro agente consular las ropas y los papeles de los dos desgraciados que yo no habia podido salvar, y después de certificar su fallecimiento fué todo ello expedido á las autoridades de Manila.

Esta siniestra aventura modificó considerablemente mis proyectos. En lugar de ganar á Mascate por la costa árabe, amenizando mi viaje con excursiones al interior, para dirigirme después á la India por Bombay, como era mi intención cuando me hallaba á bordo, resolví, después de una corta visita á Moka, aplazar mi viaje á la Arabia y tomar el primer paquebot que se dirigiese á la isla de Ceylán.

Moka está casi á media singladura más abajo de Aden, y debo advertir al turista que la vista de esta ciudad no vale las molestias que uno se toma por verla, sobre todo en la época de los grandes calores. Techos planos, paredes blancas y sin otra abertura en ellas que la puerta, calles estrechas que hacen dificilísimo el acceso al sol; grande ó pequeña, esa es la ciudad árabe, y yo invito á cualquiera á que haga una descripción más interesante.

Moka, sin embargo, debe á su comercio de exportación del café el ser más importante que Aden. Su puerto tiene alguna animación en la época de la cosecha; pero eso dura poco y los pocos barcos choullahs que duermen al sol durante siete ú ocho meses del año, no parece que están allí más que para producir un efecto del paisaje.

No trataré de asombrar á nadie diciéndole que Moka es para el café lo que la Champaña para los vinos.

El distrito de Moka no produce ni la milésima parte del café que, bajo su nombre, se consume por todo el mundo. Todos los cafés de la India, de Arabia y de Egipto, se expenden al comercio con el nombre de Moka; y debo confesar que antes de haberlo visto en el sitio mismo de su producción, el grano de este café me era enteramente desconocido. A este respecto, deseo rectificar un ligero error que, sin tener una influencia directa en los destinos de la humanidad, es una prueba más de la facilidad con que ciertos novelistas viajeros describen lo que ni siquiera se han tomado la molestia de observar en un grabado.

Si hay alguna frase hecha, es la que consiste en nombrar al café según su procedencia: el haba deliciosa de Costa-Rica, de Manila ó de Moka; ó, para variar, el grano perfumado de Río, de Borbón ó de la Martinica.

El café no es grano ni es haba: es el núcleo de un pequeño fruto del grueso y de la forma de una cereza, que se enrojece al madurarse y que no le falta sino cierto sabor; los niños, sobre todo, hacen de él un gran consumo.

Amondou pretende que este fruto es el mejor específico contra la fiebre. Descargo sobre él toda la responsabilidad de tal opinión.

Después de veinticuatro horas de un tedio mortal, porque las distracciones que uno puede procurarse en un paseo á través de los cafés se agotan muy deprisa, tomamos el camino de Aden en la embarcación árabe que nos habia conducido, y llegamos á buen puerto sin otra contrariedad que la de un retraso de cinco ó seis horas, ocasionada por un *salto* de viento qne nos hizo dar bordadas.

Al echar pie á tierra me dirigí, trepando penosamente por las rocas, sobre las que está construido su hotel, á casa de M. Couil, nuestro cónsul, preguntándole cómo emplearia el tiempo hasta la llegada del primer paquebot.

A las primeras palabras del amable representante de nuestro pais supe que el *Erymanthe*, navio de las

Mensajerías, que hacía el servicio de Ceylán á Calcuta y que había sido enviado á Suez para reparar averías, hacía un viaje suplementario, volviendo á su puerto de partida, y era esperado en Aden al día siguiente.

Esta noticia me causó el más vivo placer. Tenía prisa en abandonar estas costas desoladas que despertaban en mí tan recientes y tan penosos recuerdos.

Al día siguiente, por la mañana, en efecto, á las siete, el *Erymanthe* fondeaba en la rada, no teniendo otra cosa que hacer que depositar la correspondencia y aprovisionarse de carbón; á las once en punto levaba anclas con dos pasajeros más, Amondou y yo, y se engolfaba á todo vapor en el mar de las Indias.

Cuando las costas de la Arabia no fueron ya más que una línea azulada confundiéndose casi con las aguas del Occéano, mis ojos se inundaron involuntariamente de lágrimas, y con la mano envié un último ¡adiós! á los que yacían bajo las dunas de arena del Hedjaz.

Al cabo de algunas horas se levantó una fuerte brisa del Este, que llevándose por delante el ardiente viento de la Arabia, que reinó una parte del día, vino á refrescar nuestros pechos abrasados. El tiempo se presentó delicioso.

Me puse á examinar á mis nuevos compañeros de viaje que, habiendo salido juntos de Marsella, tuvieron tiempo de conocerse, de formar grupos, según sus categorías, sus presuntas fortunas y sus gustos.

El Occeano estaba tan tranquilo como las aguas de un lago y todo el mundo jugaba: los unos al ajedrez, á las cartas ó al chaquete; los otros á ese humilde juego del tapón, delicia de los figones, que hace furor á bordo durante las largas travesías. Algunos ingleses gimnasiarcas se suspendían de las barras de las escaleras con esa gracia inimitable que sólo el lápiz de Cham ó de Bertall podría describir, mientras que un barbero y un maestro de armas, que se dirigían á Saigón, recitaban poesías en un francés bárbaro á una entretenida alemana que marchaba á Saigón á llenar sus funciones.

Era cosa de ver cómo esta honrada joven tomaba un aire afectado, creyendo, sin duda, haberencontrado lo más selecto de la galantería parisina.

He observado que en los viajes los extranjeros toman casi siempre á los peluqueros franceses por príncipes encubiertos.

Diez días corrieron con esa monotonía, interrumpida solamente de tiempo en tiempo por una bandada de peces voladores que dirigían su rumbo á la cubierta, ó por la vista de algunas marsopas que seguían la estela del navío, y á las que por entretenimiento lanzábamos los harpones, sin que la velocidad de nuestra marcha nos hubiera permitido nunca pescar alguna.

Los ingleses continuaban sus ejercicios gimnásticos; los jaques y mates del ajedrez seguían su camino; el barbero había acabado por desalojar al profesor de esgrima del corazón de la berlinesa; el barbero fué á su vez derrotado por un oficial; éste tuvo que ceder el puesto á un comerciante de Burdeos, quien á su vez pasó la llave del camarote á un comprador de granos del Japón, y ya se comenzaba á contar *chiomes* entre los hombres para combatir el fastidio, cuando el grito de ¡*tierra*! resonó en la cofa. Pronto una faja negra de denteladas desiguales se destacó en el horizonte. Era Ceylán.

Como no podíamos entrar de noche á causa de la dificultad de los pasos, nos aproximamos todo lo posible á la costa, y al ponerse el sol, el comandante hizo anclar el buque para aguardar al día siguiente.

Yo lanzaba ávidamente mis miradas sobre las riberas de aquella isla tan ensalzada. El sol acababa de desaparecer entre las olas, obscureciendo la tierra cubierta de una vegetación cuya riqueza nadie sabría describir, con uno de esos últimos matices violados que no se ven sino en las latitudes cálidas. Solamente el pico de Adam destacaba con fuerza su masa entre las sombras... En algunos minutos ese espectáculo magnífico se borró sin gradaciones crepusculares y todo desapareció en la noche.

Es sabido que en las regiones próximas al ecuador la noche sucede al día sin que el crepúsculo pueda apreciarse.

Me quedé largo tiempo soñando apoyado en los filaretes, en aquella misteriosa y grandiosa tierra de la India, que jamás se abandona sin pena y á la que se mira siempre como á una segunda patria. Pensé en todos aquellos entrañables amigos que había dejado en Karical, en Pondichéry, en Bengala, en Hay-

derabad, en Delhi, y que no aguardarían verme tan pronto.

No bajé á mi camarote hasta muy avanzada la noche. Cuando me desperté, el buque estaba en marcha y llegué al puente bastante á tiempo para verlo entrar en el puerto y echar el áncora.

Enfrente de nosotros, á un tiro de fusil escasamente, la ciudad de Punta-de-Gales se extendía en semicírculo; en derredor suyo no se veía sino árboles, flores y verdura; el mar bañaba los pies de los cocoteros, ligados unos á otros por millares de lianas que semejaban un tejido de flores. Desafío al alma menos predispuesta á los sentimientos de la Naturaleza, á que se siente extasiada á la vista de esta isla encantadora, en la que los poetas indios colocan el paraíso terrestre, y á la que ningún viajero ha visitado sin desear que allí acaben sus días.

Pronto estuve preparado, y una pequeña embarcación del género de las canoas, vaciada en el tronco de un árbol, mantenida en equilibrio por un balancín y hábilmente maniobrada por dos vigorosos cyngaleses ó ceilaneses, nos condujo á tierra en algunos minutos á mí y á mi fiel Amondou.

SEGUNDA PARTE

CEYLAN

Punta de Gales.—Los caimanes.—Una caza de tigres.—Las mujeres de Tembapoor.—Los elefantes.—El pico de Adam.—Leyendas brahamánicas y budhistas.—Trinquemale.

Punta de Gales es una encantadora y pequeña ciudad perdida en medio de los bosquecillos y de las flores, que no tiene otra importancia comercial que la que le da su puerto, que sirve de escala á los paquebots de las líneas de China y de Calcuta. No está, como la mayoría de las otras ciudades de la India, dividida en ciudad europea y ciudad indígena; todo está revuelto: chozas indias, cuarteles, bazares, casas inglesas y hoteles; pero lejos de perjudicar al golpe de vista general, esta mezcla le da, por el contrario, un aspecto verdaderamente original.

Aunque sea viajero, me gusta poco hablar de Geografía; yo no pertenezco á esa categoría de gentes que se pasean por el mundo con un sextante y una cadena de agrimensor, que miden la altura de las montañas y la largura de los ríos y sierran la tierra por metros cúbicos y por kilómetros.

No es que yo no sepa apreciar en su justo valor el mérito de este género de trabajos; pero déjesele á cada uno con sus gustos y aptitudes... A la descripción científica prefiero el estudio de las costumbres, y mientras que otros triangulan una comarca, yo prefiero iniciarme en las costumbres de sus pueblos, escudriñar su literatura, evocar sus viejas leyendas, hacer hablar á las ruinas de sus templos y saber, en una palabra, lo que han sido y lo que son los países que yo visito.